

Cartas desde lo más íntimo



Claudio di Girolamo C.

Director y escenógrafo
Director del Taller Teatro Dos

Al iniciar este acercamiento a **Cartas de Jenny**, quisiera sustraerme por un instante a la emoción que genera el espectáculo, para intentar descubrir el o los mecanismos que hacen de esta obra una suerte de paradigma de lo que, con o sin razón, definimos como "Teatro Intimista". Me refiero a la conjunción de texto, actuación, dirección y espacio escénico, que logra que este breve espectáculo esté cargado de una atmósfera de empatía que envuelve al espectador y lo lleva, a pesar suyo, a un viaje interior en el cual va redescubriendo mundos dormidos de su propia existencia.

He visto la obra más de una vez, en ámbitos distintos: en todos ellos se produjo la misma cercanía entre escenario y público. Hablo aquí de una cercanía más que física, que es *presencia constante* de rostros y expresiones que están "fuera" de la historia contada (el público se sitúa en dos graderías enfrentadas a muy poca distancia) y que, sin embargo, con el correr de la acción van adquiriendo una potencia dramática que irrumpe en el cuento y se vuelve parte indivisible de la forma de narración. Allí los

espectadores-testigos están al descubierto y patentizan con fuerza inusitada el fenómeno de integración del espacio con la emoción; se transforman en receptores-emisores que se ligan en un circuito de retorno con el escenario, construyendo *junto* a los actores el rito comunitario. A este fenómeno contribuye además, sin dudas, el estilo de narración elegido para estructurar dramáticamente la obra.

El recurso de intercalar en el diálogo trozos de historia contados por los actores dirigiéndose directamente al público, o mostrar en una suerte de ejercicio de imaginación la significancia más íntima de los personajes en movimiento y sonido, produce entre éste y aquéllos una relación de complicidad al patentizar el carácter ficticio y no realista del espectáculo. En efecto, actores y espectadores nunca pierden la noción de que están frente a un "cuento" narrado.

Siendo, sin embargo, este recurso común a muchas obras de teatro, ¿por qué entonces estas **Cartas de Jenny** se nos aparecen como un fenómeno diferente? Pienso que una de las razones es la



"Cartas de Jenny": Yael Unger y Gonzalo Meza (Foto: Carlos Figueroa).

presencia de una dirección acuciosa, imaginativa y por sobre todo muy honesta. Tal vez se deba esto al doble carácter de autoría y de dirección que en el caso que comentamos ostenta el trabajo de Gustavo Meza (cosa ya probada por lo demás en obras anteriores del mismo Meza).

En una situación semejante se produce una suerte de flujo de ida y vuelta entre la obra y el director, que permite una constante revisión y readecuación entre el texto, las situaciones y los personajes y el punto de vista de dirección y viceversa. Supongo, por otro lado, que en el texto definitivo quedaron adheridas las propuestas actorales, tanto en algunos parlamentos específicos como en las situaciones dramáticas. Sólo así se explica la simbiosis de los actores con sus personajes y, al mismo tiempo, su capacidad de romper abruptamente la textura de una situación apartándose de ella y adquiriendo el carácter de "narradores de cuentos".

Es muy decidir el hecho de que esta forma narrativa esté prendiendo contemporáneamente en distintos creadores del Teatro Latinoamericano. Como ejemplo, basta que me remita a la adaptación de Jorge Curi y Mercedes Rein de la novela de García Márquez *El Coronel no tiene quién le escriba*, que presentó el Teatro Circular de Montevideo en el último Festival de Cádiz y que provocó en el público y en la crítica el mismo entusiasmo de estas **Cartas de Jenny**.

Pude conversar largamente con Curi y

Gustavo Meza y constaté en ambos el deseo de investigar más a fondo esta modalidad dramática para aplicarla en futuros espectáculos. Pareciera que, cada vez más, nuestro oficio de teatristas se identifica con aquello de los "cuenteros" de las sociedades primitivas que, reunidas alrededor del fuego, se iniciaban al ejercicio de la memoria común, contándose lo adquirido a través de la tradición oral, acerca de su propia historia, de sus mitos, sus temores o del misterio de sus vidas.

Creo que en obras como éstas se rescata precisamente lo más primario del teatro y que a través de una simplicidad a toda prueba se logra penetrar en este ámbito difuso de las emociones con intensidad poco usual.

La economía de los medios usados en **Cartas de Jenny**, desde la utilería, el vestuario y la iluminación hasta la utilización de "la sombra" (suerte de comodín que se adecúa a todas las situaciones y oficia abiertamente y a toda vista de "ámbito sonoro" y de "asistente"), es sin duda lo que logra el mayor acercamiento por parte de los espectadores.

Aquí nada es "artificial", nada trata de "golpear" nuestros sentidos para sacudimos. Por el contrario, todos los elementos en escena están allí exclusivamente en el momento en que son indispensables para *apoyar y privilegiar* la labor actoral; en seguida *desaparecen*. Sobre la desnudez del escenario el actor es el único centro de nuestra atención.

Estamos frente a una experiencia en la cual los silencios, los susurros, las simples sugerencias de espacios y de objetos, estimulan nuestra imaginación y nos devuelven, como público, nuestro rol creativo. Es un espectáculo de medios tonos, melódico y armónico al mismo tiempo; se nos va metiendo de a poco, calmadamente, respetando nuestro tiempo interior.

Tal vez su valor más auténtico resida en el rescate de una historia simple, común, casi obvia en sus caracteres y situaciones, para re-presentarla frente a nosotros de una manera verdaderamente nueva.

Me refiero aquí a esa capacidad que poseen algunas obras de arte de lograr en nosotros, con el uso de una temática y un lenguaje que creemos muy conocido, una resonancia *nueva* que nos hace re-encontrarnos con lo que guardamos en los rincones más olvidados de nuestra conciencia.

El tema de la madre posesiva que no acepta a "la otra" en la vida de su hijo y las implicaciones psicológicas y prácticas de este triángulo emocional, es uno de los más comunes y manidos en la producción dramática tanto del teatro como del cine

contemporáneos. Con él se han logrado éxitos y fracasos clamorosos y, sobre todo, se ha prostituido en series lacrimógenas de la televisión de muchos países de América Latina. Por eso es muy gratificante ver que de vez en cuando se toma este tema con la *dignidad* y el *respeto* que merece todo conflicto humano como material dramático y que surgen entonces realizaciones como la que comentamos.

En estas breves notas no pretendo insinuar ni menos demostrar que **Cartas de Jenny** se acerque al espectáculo perfecto. Posiblemente, para algunos o para muchos, no es así y tendrán sus razones. Solamente me he limitado a tratar de escarbar en lo que en mí ha dejado la experiencia de compartir con los actores y otros espectadores varias funciones de la obra. En todas ellas he vuelto a involucrarme profundamente con lo que sucedía en el escenario, y aún hoy a la distancia, me siento interpretado e interpelado por el dolor, la impotencia y el destino de Jenny.

Y eso es lo mejor que le puede pasar a un espectador tan maleado como lo es casi siempre un hombre de teatro.

Cartas de Jenny: Elvira López y Yael Unger
(Foto: Carlos Figueroa).

